

gustó, ya que había razón para que nos llegara un segundo obús... ¡Dios mío! ¿Si aquello era en la retaguardia, qué sería de nosotros en la vanguardia?...

—El daño no ha sido mucho—me dijo el agradable joven una vez que restableció la comunicación—; *¡no ha habido más que tres muertos!* Los dos heridos tienen probabilidades de salvarse, si se les auxilia en seguida. Los otros siete han salido ilesos, y se ocupan en este momento en ponerles de pie...

—¡Demonio!—decíame a mí mismo—; ¡demonio!... ¡Tres muertos y dice que el mal no ha sido grandel... ¡Ese simpatiquísimo joven no se extraña de nada!... Pero sigamos oyéndole, pues es muy instructivo. Da detalles más o menos tranquilizadores, pero que son, indiscutiblemente, muy instructivos...

—Son los últimos obuses que se han inventado, obuses de aire comprimido que, al menor choque, se deshacen en ciento cincuenta pedazos cortantes y afilados como navajas de afeitar. ¡Buena mercancía! ¡No le han robado el dinero al capitán Hyx!...

¡Imaginad si esta conversación me daría que pensar dentro de mi trajecito de hierro!...

Mientras tanto, había tomado el tren una pequeña vía transversal que debía acercarnos en línea recta al frente, pues en esta zona hacíanse más raras las luces. Sin embargo, aún se distinguía perfectamente lo que a nuestro alrededor pasaba.

Dejamos atrás lo que hemos convenido en llamar «servicios de retaguardia».

Veía camiones automóviles en filas interminables conducidos por buzos, que circulaban con igual facilidad por los caminos de las profundidades de la bahía de Vigo que los *chauffeurs* en su taxi por el boulevard de la Magdalena en París...

Le pregunté al oficial:

—¿Son éstos los servicios de aprovisionamiento?

—¡Sí, sí; las municiones!... Se consumen en cantidades increíbles, sobre todo granadas y bombas para morteros de trinchera.

—¿Y las provisiones de boca? ¿Cómo se las arreglan para las provisiones de boca?—pregunté.

—¡Muy ingenioso, señor Herbert de Renich! ¡Le felicito a usted!... Cuando vea al almirante le daré a conocer su agudeza...

—¡Excúseme usted, *herr* teniente; había olvidado!...

—Comprende usted que de no haber hecho una excelente comida esta mañana, se exponía usted a ayunar esta noche... ¡Lamento no poder ofrecerle nada!..

—¡Oh, espero que podré terminar mi misión antes de que llegue la noche!—exclamé.

—Lo deseo por usted—me contestó el simpatiquísimo joven—, sobre todo si sufre usted de calambres al estómago.

—¿Pero cómo hacen todos sus soldados?

—El servicio de trincheras dura ocho horas... Por otra parte, disponen de una pequeña cantidad de alcohol en el interior de sus cabezas de cobre... Usted mismo puede darse cuenta de ello... Vuelva la cabeza a la izquierda y cerca del aparato acústico verá un frasquito provisto de una tetina...

—Sí, ya la veo. ¿Para qué es?

—Chupe, señor Herbert de Renich. Chupe usted, y ya verá usted lo que es bueno.

—¡Delicioso! ¡Agradable! ¡Exquisito!...

—¡Ya lo creo; como que es el ron del almirante!...; ¡qué!, ¿se siente usted más animado?

—¡Nunca peor!

—Pues bien. Baje usted; hemos llegado.

El tren, en efecto, se había detenido.

El oficial, con extrema galantería, me ayudó a bajar, guiando mis primeros pasos...

—Guíese por mí. Cuando me vea avanzar, avance, y cuando me detenga, deténgase...

—Cuenta conmigo. No tengo el deseo ni los medios de correr...

Nos encontrábamos en aquel momento en lo que puedo llamar la tercera línea de defensas, que avanzaban en forma de espolón entre la cota diez y nueve R y los primeros cimientos de la isla de Torlada, amenazando la famosa cota seis metros ochenta y cinco, objeto de tantas codicias.

¡Y vi confirmado lo que decía el doctor al afirmar que la batalla estaba en su apogeo!

Los proyectiles pasaban por encima de nuestras cabezas con un remolino, un tumulto de agua y un *silbido que velamos* más que oíamos: tan herméticamente encerrados estábamos en nuestros carapachos.

Era la artillería pesada enemiga que contestaba a la nuestra, esforzándose en destruir las baterías que habíamos dejado detrás de nosotros.

En lo que a nosotros respectaba, también teníamos lo nuestro. No sé qué clase de proyectiles estallaban bajo nuestras narices, formando en la arena o en el fango pequeños Vesubios. Por poco cerca que se hallara uno al lado de aquellos diminutos volcanes, exponíase mucho a ser desollado por sus salpicaduras. Yo recibí algunos centenares de ellas sin que me molestaran; pero era debido a que mi escafandra era un pararrayos modelo, muy difícil de cortar.

Cuando pude convencerme de ello, el miedo que había experimentado en el centro de aquel infierno de agua y fuego, fué substituído por una tranquilidad magnífica, llegando casi a divertirme.

Vi caer a mi alrededor algunos pobres diablos, y al sentirme tan seguro y tan sólido en mi pequeña fortaleza portátil, me senti lleno de satisfacción y de orgullo. De acuerdo con mis hábitos morales, llegaba hasta el extremo egoísta de crearme invulnerable.

Una vez, sin embargo, en el momento en que penetrábamos en la tercer línea, experimenté más miedo que daño;

pero este último fué grande, y es que la sacudida fué terrible. La culpa la tuvo un *torpedo aéreo*, si puedo llamar así a un torpedo que se movía en el agua. Me refiero a un proyectil que se movía con sus propios medios por encima de nuestras cabezas. Se produjo una espantosa revolución alrededor nuestro, llegando a creer por un instante que estábamos todos reducidos a polvo.

Tres buzos que se hallaban a nuestra derecha, agrandando a golpes de pico un pasadizo de comunicación, parecieron desaparecer como por encanto.

La verdad fué que habían sido sencillamente derribados. Cuando se disipó la confusión formada por el fango, la arena, la roca y el agua, y producida por la explosión del torpedo, los pude ver. Levantábanse con grandes dificultades; pero consiguieron ponerse de pie, reanudando el interrumpido trabajo.

La sacudida que yo experimenté fué tan grande que comencé a vacilar. Por un momento llegué a creer que me hundía. Pero aquel hundimiento, debido al peso de mi masa, fué tan lento, que mi compañero, al darse cuenta, tuvo tiempo con dos camaradas de venir en mi ayuda. Los tres alargaron sus brazos y me sostenían con todas sus fuerzas para conseguir que recobrará mi equilibrio.

No fué cosa fácil; pero el esfuerzo reunido de los tres brazos consiguió restablecerme sólidamente sobre mi base.

Les dí las gracias con un gesto de mi garfio derecho, contestándome ellos con un saludo, y reanudamos nuestra marcha.

El ramal por donde ahora avanzábamos me pareció profundo y seguro; mi compañero, por otra parte, se comunicó conmigo para decirme que acabábamos de pasar uno de los lugares más bombardeados por el enemigo, y que debía tranquilizarme. Al mismo tiempo me felicitó, aconsejándome que volviera a tomar algunos sorbos de ron del almirante, consejo que me apresuré a seguir.

Creo inútil describir los trabajos de arte militar por que

atravesábamos, por haber sido éstos profusamente divulgados por los periódicos y revistas del mundo entero, y ser conocidos, por tanto, por mis lectores. La disposición de las trincheras es exactamente igual en la superficie de la tierra que en los abismos marinos. Son las mismas líneas con salientes y ángulos, los mismos ramales de comunicación en zigzags, los mismos fosos que sirven de refugio y abrigo, las mismas *plazas de armas* en donde se reúnen las tropas que se preparan al asalto, la misma disposición para depósitos de municiones, como también los mismos puestos de socorro y de mando, los mismos parapetos y la misma abundancia de estacas de madera en la arquitectura de las trincheras, cuando son éstas practicadas en la arena.

Sólo que en lugar de envolver todo esto en bruma, nieblas o lluvias torrenciales, poned únicamente agua, no de la que cae de las nubes, sino agua que se mueve también, pues no la dejan un momento tranquila, y tendréis una idea aproximada de la cosa.

Franqueamos las segundas líneas y nos aproximamos a la primera, frente al enemigo. Ya no éramos nosotros quienes nos alumbrábamos, pues todos habíamos apagado prudentemente nuestras lámparas; pero nos alumbraba *el fuego que nos enviaba el enemigo*. Supongo que el enemigo también lo estaría por el nuestro.

El simpatiquísimo joven me explicó que eran cohetes eléctricos. Nos enviábamos mutuamente lamparitas eléctricas que se encendían automáticamente en el curso de su trayectoria y que caían casi exactamente en los lugares que tenían que iluminar: parapetos, nuevas obras de defensa y, sobre todo, en las alambradas, en las que seguían encendidas durante cierto tiempo, hasta que se apagaban espontáneamente o las hacía estallar un buzo de un tiro, disparado desde la aspillera.

Mi acompañante me hizo detener de pronto cerca de la boca de una mina de la que vi salir lentamente, arrastrándose sobre el vientre, soldados de ingenieros, según me

dijo, que se disponían a poner explosivos cerca de la línea enemiga, ayudándose de un largo bastón...

Aquello me impresionó hondamente. A medida que se van produciendo los acontecimientos, me son explicados por el teniente boche, si lo juzga necesario.

Por mi parte, estando como estoy al abrigo de una roca y con la reconfortante ayuda del ron, estoy como en el teatro. ¡Qué situación! ¡Qué cosa más extravagante es esta vida, tal como nos la crea y nos renueva diariamente la ciencia!

¡La ciencia, la peor y mejor de las cosas, como esa antiquísima fábula de las lenguas de Esopo!

Veo llegar una tropa por el camino de ronda. Llevan los que la componen el saco de granadas y una herramienta en el cinturón; es la tropa de asalto. Según parece, en el interior de su cabeza de cobre llevan los soldados una doble ración de aguardiente. La hora solemne se acerca... pero no sé en qué reloj... La compañía de ataque, formada en pequeños grupos, ha tomado posiciones a lo largo de las paralelas.

De pronto, una gran llamarada roja brilla ante nosotros (según parece ha encontrado la química el medio de producir el fuego en el agua). Es el anuncio de la fiesta. Seguidamente, y sin interrupción, disparan los soldados durante diez minutos mientras que nuestras armas de trincheras escupen toda su metralla. Fusiles, molinillos, morteros, cañones-revolvers, bombas..., todo esto no produce ruido alguno ni el olor de la pólvora se prende a las aletas de la nariz. ¡Pero qué zafarrancho, qué torbellino en el agua! El enemigo contesta débilmente y solamente sobre los flancos. Todo lo que hay ante nosotros parece haber sido aniquilado... pero me parece que aquella inacción debe ser engañadora, y que no es muy prudente fiarse de las actitudes y manera de ser del capitán Hyx y de sus tropas. Como es natural, a nadie doy parte de estas reflexiones.

Guarecidos detrás de las paralelas estamos angustiados.

Les toca ahora a los nuestros lanzarse adelante con la bayoneta calada y tomar la trinchera de enfrente.

Esperamos algunos minutos; vemos a unos seis soldados que regresan. Y luego, nada.

¿Ha tenido éxito el ataque?

A una señal de mi compañero abandono mi refugio y continuamos nuestro camino a la derecha. Veo transportar por las trincheras heridos, cadáveres de buzos que han perdido la cabeza de cobre y que ya no tienen más que la suya, verdugos ya. Otros desgraciados son arrastrados apresuradamente hacia los puntos en donde deben ser atados a los cables e izados a bordo de las chalanas para ser curados cuanto antes... antes de que llegue la asfixia. ¡Es espantoso! Y todo esto por el oro, ¡por el oro! Reflexión mía, pero bastante justificada.

El ataque ha debido fracasar; veo llegar nuevas tropas de formidables sombras que llevan a la espalda armas que me parecen terribles, que tan sólo serán simples hachas.

No puede uno darse exacta cuenta de las cosas como no las tenga bajo los ojos en este elemento en el que todo parece pertenecer a lo fantástico.

Crúzanse por encima de nuestras cabezas los cohetes eléctricos y caen a nuestro alrededor con apariencias de estrellas fugitivas.

Entre dos rocas, a la entrada de un pasadizo que penetra profundamente en el fango (hay allí verdaderos trabajos de ingeniería, tales como puntales y espigones, como los que se utilizan para contener la arena o los guijarros en las construcciones submarinas a la entrada de los puerros, etc., etc.), se me presenta de pronto un rincón del campo de batalla *en donde todo el mundo se está batiendo en un horrible cuerpo a cuerpo.*

La escena se desarrolla, vivamente iluminada, en las laderas de un montículo en cuya cima se yergue una especie de estatua de hierro, admirable, de perfecta belleza y completamente negra. Bátense allí con espadas y hachas, como

en tiempo de los férreos paladines y de los leales servidores sin miedo y sin reproche. Luchan allí con un encarnizamiento tal y un tal entorchocar de cascos y corazas, que me parece la repetición casi exacta de un combate de la guerra de los Cien Años, tal como las representan en nuestros libros escolares.

En cuanto a la estatua de lo alto, con su bella armadura y el casco negro, ¿quién puede ser sino el Príncipe Negro en persona, tan hermoso en la batalla?

Mi compañero me dijo mostrándome con la mano el montículo cubierto de furiosos guerreros:

—*La cota seis metros ochenta y cinco...*

Después, designándome al caballero, al Príncipe Negro que dominaba aquella matanza, añadió:

—¡El capitán Hyx!...

—¡Ah!—repuse—. ¡Ah, ah!...

Es todo cuanto se me ocurrió responder.

—Venga usted—siguió diciendo el simpático joven—. Si tuviera tiempo podría, desde donde nos encontramos, hacerle ver alguna otra cosa... Y la colina de *San Juan Evangelista*, y el valle de *San Lucas*, y la roca de los *Tres Apóstoles* y... pero más vale aprovechar la presencia del capitán Hyx en la cota seis metros ochenta y cinco para ir inmediatamente a su encuentro. Total, poco le queda ya, apenas trescientos pasos, que los puede usted hacer en media hora.

—De ninguna manera—exclamé, y hubiera pateado de rabia si no me lo hubiera impedido mi férreo pantalón—. De ninguna manera. ¡Reunirme con el capitán Hyx en este momento!... ¡Atravesando ese furor guerrero! ¿Ha perdido usted el seso?

—Quien delira es usted—me contestó la burlona voz del teniente (uno más a quien algún día, si puedo, ajustaré las cuentas). ¿No se le ha dicho que irá usted en calidad de parlamentario?

—Pero ¿cómo? ¡Explíquese! ¿Cómo quiere usted que

esas gentes, únicamente ocupadas en repartirse mandobles, reconozcan en el carapacho que hacia ellos avanza atravesando el campo de batalla a un parlamentario?

—Precisamente por eso no atravesará usted el campo de batalla, sino que abordará la línea enemiga más al Oeste. Por otra parte, colocaremos en su casco la *cruz verde*, formada con cuatro lámparas eléctricas verdes, y que en el fondo de la bahía de Vigo anuncia la llegada de un parlamentario. Le repito una vez más, mi querido señor, que irá usted perfectamente en regla.

—¡Menos mal, menos mal... ¿Pero iré acompañado de alguien?

—¡Claro!

—¿Quién?

—No se inquiete por eso; bástele saber que será una armadura tan sólida como la de usted.

Caminamos por espacio de diez minutos, descendiendo por aquel pasadizo unos cincuenta pasos con mil precauciones.

Me pareció entonces que estábamos encima de una especie de sima que iba dilatándose hacia el Sudeste, dándome cuenta de esta orientación por la disposición general de la línea de defensa fronteriza a la cota seis metros ochenta y cinco.

Allí fué donde el sobrino de von Treischke me abandonó, luego de haber sacado de su bolsa la lámpara de la cruz verde que hizo brillar ante mis ojos y que enganchó en mi casco.

—Con esto puede estar tranquilo, nada puede temer— me dijo.

Apenas brilló aquella cruz verde, cuando vimos surgir de la sima la enorme sombra de una armadura que tenía mucha semejanza con la mía. La sombra saludó y se puso a mis órdenes.

—Le presento a nuestro simpático alférez de navío von... von...

No pude oír claramente el nombre ni le volví a oír nunca más. Saludé a mi vez.

—Este honorable gentilhomme conducirá a usted a la cota por un camino lo menos peligroso posible; esto es, por un camino tranquilo (ya, ya verán ustedes qué tranquilidad tan relativa...), y ahora sólo me resta desearle buena suerte. ¡Buena suerte, *herr* Herbert de Renich!

No tuve tiempo de contestar, pues había cortado la comunicación y se alejaba ya.

Mi nuevo compañero me cogió delicadamente de mi pinza y me hizo seguirle despacito. Le seguí con docilidad; reflexionando, era necesario terminar cuanto antes, y razonando con bastante sensatez, me decía que aquel nuevo y simpático jovencito tendría el mismo interés que yo en permanecer en aquel abismo.

Había establecido a su vez la comunicación telefónica y cambiamos nuestras primeras palabras, de las que resultaba que olvidábamos en aquel momento los trabajos de excavación, gracias a los cuales se había hallado la quilla y los tesoros hundidos del *San Marcos*, pues en aquel terreno movedizo algunos de los galeones se habían hundido considerablemente, doblando, y aun cuadruplicando, las dificultades de la empresa.

Pero no habían ahorrado medio alguno para poner a flote el *San Marcos*, que sabían era el que atesoraba más oro de todos los de la flota. Por otra parte, los restos del *San Marcos* habían pasado de mano en mano, no perteneciendo en aquel momento a nadie, esto es—ya me lo había explicado el doctor—, que por su proximidad se había hecho momentáneamente imposible por la lluvia de obuses que enviaban ambos bandos.

En el fondo, lo que a los boches despejaría la situación sería la toma de la cota seis metros ochenta y cinco.

Mientras aquella cota no fuera conquistada, les sería imposible vaciar de sus riquezas al *San Marcos* y trabajar en otras excavaciones, como, por ejemplo, alrededor de la roca

de los *Tres Apóstoles* (cota veinticinco metros setenta y cinco).

—¡Comprendido, comprendido!—exclamé—. Pero si tantos obuses envían alrededor del *San Marcos*, no veo la necesidad de pasar precisamente por un lugar tan peligroso.

—Pues es lo más seguro—me contestó el simpático alférez—, pues el *San Marcos* está tan bien enfilado por ambos adversarios, que los obuses no se pierden jamás. (¡Ya, ya veréis eso de que los obuses no se pierden jamás!) Con tal, pues, de que pasemos a un centenar de metros de la posición, contorneando la sima, no corremos ningún riesgo hasta la cota trece metros diez y siete, que dista unos cincuenta pasos de la primera línea de defensa enemiga. Una vez haya usted llegado y muestre su cruz verde, vendrán en seguida a buscarle y le conducirán ante el capitán Hyx.

—¿Y no vendrá usted conmigo?

—No, yo no. Le esperaré a usted en la cota trece metros diez y siete.

—¡Bien, bien!

Y levanté la cabeza. (Cuando digo «levanto la cabeza», signífico que levanto la mía y no la de cobre y acero), y en esta posición intento ver lo que pasa en lo alto a través de mis ventanillas de vidrios espesos.

¡Qué bien! Por lo alto pasaban muchos obuses, bombas, torpedos y otros proyectiles más o menos mortales. Había un cruce incesante de sombras y destellos con efectos de óptica comparables a los juegos de luz solar cuando en los países cálidos se encuentra uno en un cenador de techo formado por tupida red de alambres entrelazados, a través de los cuales se ve cómo el viento agita el ornamento natural de las hojas de parra y de otras plantas trepadoras.

Aquello era muy curioso y bonito. Pero todo aquello era la muerte.

Se lo dije a mi compañero, quien se echó a reír.

Sin duda alguna creíase muy seguro, no pudiendo ima-

ginar que ninguna de aquellas sombras o reflejos mortales pudiera alcanzarnos—¡pero ya, ya se verá que no podían alcanzarnos!

Comenzábamos a subir—¡con qué lentitud!—la pendiente sudoeste de la sima—había allí una rampa y, a veces, algunos escalones sólidamente afirmados y sujetos por todo un sistema de estacas y tablonés—, y ya me disponía a mostrar a las gentes de enfrente mi cruz verde, cuando, ¡paf!, vino a estallar un obús precisamente entre los dos, en un fondo de arena, derribándonos lisa y llanamente, como a unos peleles.

No creí tener herida alguna, pudiendo comprobar que seguía riendo inmune, creyendo, como un necio, que podía seguir regocijándome.

En la posición que me encontraba pude examinar a mi compañero, que seguía en tierra y cuyas piernas y brazos se agitaban singularmente.

Al igual que yo, había caído de espaldas e intentaba incorporarse.

La verdad, estaba tan grotesco así, que no pude contener mi risa; pero no reí mucho tiempo, pues al ver la dificultad de levantarse, quise hacerlo yo y no pude...

Un sudor frío cubrió entonces mi cuerpo. Juzgué que, en efecto, y con cuánta razón esta vez, nuestra situación era espantosa y quizá desesperada...

No exagero nada, nada... Eran tan pesados nuestros aparatos que éramos sus prisioneros y que, además, no sólo no podíamos movernos nosotros, sino que nos era imposible moverlos a ellos... y por poco que tardaran en venir en auxilio nuestro, nos exponíamos a morir en aquel mismo lugar en que nos había derribado el obús fatal, faltos de aire...

De pronto—¡Dios mío, no bastaba tanto infortunio y era, pues, demasiado dulce la perspectiva de morir asfixiado dentro de algunas horas!—. De pronto, repito, sentí que mis brazos se hundían en la arena sin que yo hiciera nin-

gún esfuerzo para ello, y me di cuenta casi inmediatamente que mi cuerpo—mi cuerpo de hierro—había penetrado ya en el suelo movedizo...

Miré de nuevo a mi compañero. Seguía debatiéndose como un poseído, *¡pero la mitad de su busto había desaparecido ya!*

Y no había ninguna razón para que no le ocurriera bien pronto lo mismo a la otra mitad y... y... *¡para que no corriera yo la misma suerte!*

No disponía de medio alguno para darme cuenta, pues no podía ver mi busto. Nada podía ver más que a mi compañero, y juzgar por la progresión de su hundimiento del mío...

La rapidez con que se efectuaba era espantosa... Ya no movía miembro alguno. Debía estar, o imaginarse que estaba, apoyándose con manos y pies para detener la progresión de su hundimiento.

La verdad era que yo no veía ni sus pies ni sus manos. Bien pronto ya no vi más que la cabeza y la mitad del busto... ¡Horror! ¡Horror! ¡Gritaba de horror dentro de mi cabeza de cobre!... Pero no era un aullido de animal agonizante, y que nadie oiría, lo que podía detener la marcha de la muerte...

Nada la podía evitar.

Y lloré como un niño.

¡Oh, Dios mío!... Ya nada había a mi lado, sobre la arena, *más que la cabeza de mi compañero.* Parecía haber caído allí *sin cuerpo*, haber rodado hasta allí sola, sin su cuerpo...

¡Y también debía tener yo una cabeza igual, *sin cuerpo!*...

Imposible el hacer movimiento alguno con mis brazos y piernas de bronce. Todo aquello debía estar enterrado ya con el resto del cuerpo, *¡excepto una parte de mi cabeza!*

¡Dios mío! ¡Señor! ¡Madre mía! ¡Amalia! ¡Adiós!

Lanzo una mirada a mi lado. Ya no hay nada. ¡Nada!... *¡La cabeza de mi compañero ha desaparecido por completo!*...

En lo que a mí respecta, me parece que mis ventanillas se nublan... ya no veo más que por la ventanilla del lado izquierdo...

Y he aquí lo último que veo, cuál fué mi última visión en el fondo de la bahía de Vigo: ¡un cohete eléctrico acababa de iluminar el fondo de la sima en donde yacían los formidables restos del *San Marcos!*...

Divisaba lo que quedaba del castillo de popa, al mismo tiempo que un flanco destrozado, del que se habían deslizado hasta el fondo de la roca, quedando allí detenidas, las cajas, igualmente destrozadas, y de las que no habían tenido tiempo de sacar el oro que contenían...

¡Y todo aquel oro centelleaba a la súbita luz del cohete eléctrico, y la formidable nave portadora de oro surgía ante mis postreras miradas no solamente con las trazas del combate de antaño que la había desmantelado e incendiado su castillo de proa, sino también con las del combate de ayer *en el fondo de la bahía de Vigo!*...

Grupos de buzos hallábanse desparramados sobre aquel oro disperso... Eran los cadáveres de los que habían luchado por la posesión del oro de los Incas y que parecían ahora abrazarlo hasta en la muerte, como queriendo llevárselo más allá de la muerte...

¡También yo voy a ser un cadáver como éstos! ¡Ya no veo nada, nada... ya nada sé!... También voy yo a morir... y, sin embargo, yo no he deseado ese oro y no he merecido esta muerte, pues no he deseado este combate... *¡Adiós, tierra maldita, en la que no se puede ser neutral!*